

V. Socialismo y burocracia

La autonomía de lo político en el socialismo

David Torres Mejía

El problema de la autonomía relativa.

La revisión de Sartre, superficial y apresurada por necesidad para los motivos de este coloquio, puede resultar, en un medio donde la obra de este autor no es conocida ni mucho menos discutida (me refiero al contexto de la Ciencia Política tal y como la practicamos en nuestro país), en una lectura llena de sorpresas, la menor de las cuales no sería la bocanada de aire fresco que introduce en una serie de polémicas y desarrollos teóricos y prácticos.

El problema de la autonomía relativa sería uno de esos temas que se beneficiarían con una revisión de las discusiones sartreanas alrededor de los problemas del socialismo real, y, aunque creo que los argumentos inclinarían la balanza tendenciosamente en favor del alegato que subraya la responsabilidad del hombre en su quehacer contra las estructuras, bastaría esto para que la lectura de Sartre arrojara un saldo ampliamente positivo.

La discusión de la autonomía relativa tendría, en principio, dos vertientes extremas que buscarían definir, la primera, el carácter de la relación entre el Estado y las clases dominantes y, la segunda, el carácter de la relación sociedad civil-Estado. La primera tesis se refiere al concepto "bloque en el poder" construido pacientemente por Poulantzas en su *Clases Sociales y Poder Político*, texto que irrumpió en la ciencia política marxista y en el marxismo local en los primeros años de la década pasada. El concepto "bloque en el poder" permitió a las explicaciones marxistas plantearse la relación entre Estado y clases dominantes en términos menos esquemáticos que los empleados hasta entonces, al poner énfasis en la pluralidad de intereses económicos, ideológi-

cos y políticos ocultos tras aquellos conceptos más generales, como “clase dominante” o “burguesía”. Lamentablemente, la investigación empírica que prometía esta veta fue trabajada insuficientemente dejando entre paréntesis las potencialidades heurísticas del concepto.

En su segunda versión, la autonomía relativa se nutrió del pensamiento de Gramsci y, dentro del amplio espectro de interpretaciones sobre el mismo, enfatizó, mediante conceptos tales como “bloque histórico” o “hegemonía”, lo intrincado de las conexiones entre la sociedad civil —entendida en un sentido amplio— y el Estado. El pensamiento gramsciano se extendió en los setentas a veces paralelo y en ocasiones entrecruzándose con el pensamiento de Poulantzas. Lo interesante es que en ambos casos las tesis economicista, reduccionistas, deterministas o instrumentalistas, caían derribadas por los hachazos teóricos que le propinaban estas teorías.

Su utilización permitió nuevas versiones de problemas tan agudos como los planteados, en el caso mexicano, por un Estado capitalista cuyo partido político, a manera de partido único, engloba a los sectores más representativos de nuestra sociedad: obreros, campesinos, clases medias. Estado que, a partir de la posguerra, apostó a que era posible conciliar los proyectos desarrollistas de la burguesía local con las aspiraciones de las demás clases.

En este género de desarrollos intelectuales el pensamiento de Sartre y la riquísima polémica que suscitó en Europa tuvieron poco o nada que ver, al menos directamente, pero su lectura, ahora, nos conduce por estos mismos senderos a postular la autonomía relativa de lo político.

En *Las Aventuras de la Dialéctica*, Merleau-Ponty subrayó el carácter *indemostrable* de la política:

Las políticas, sean de entendimiento o de razón, son un vaivén entre la realidad y los valores, entre el juicio solitario y la acción común, entre el presente y el porvenir y, aunque se piense, como Marx, que éstos se hallan reunidos en un factor histórico, el proletariado, que es potencia y valor a la vez, la política marxista es indemostrable como todas las otras porque pueden existir divergencias sobre la manera de hacerlo entrar en escena y tomar posesión de la historia. La diferencia consiste solamente en que la política marxista lo sabe y que ninguna, como ella, ha explorado el laberinto. (p. 10.)

Así planteada, la acción de la clase social, el proletariado, se nos presenta *per se* como desgarrada por la inevitabilidad, siempre renovada, de las opciones.

La acción política del proletariado se define independientemente de las determinaciones económicas o, mejor aún, éstas carecen de sentido en un primer momento. Haciendo radical el argumento, el proletariado enfrenta una situación política cambiante, amorfa, pero sólo en la medida en que las demás clases también comparten esa situación. La política, entonces, tiene sus propios ritmos y velocidades, distintos a los de los ciclos económicos. De acuerdo con Rossana Rossanda (“Sartre y la Práctica Política”) Sartre habría afirmado la superioridad de la subjetividad y de la conciencia en “Los comunistas y la paz” y en toda su discusión con los escritores de *Socialisme ou Barbarie*, particularmente en su polémica con Lefort. En aquel entonces, los primeros años de la década de los cincuenta, “Sartre —nos dice Rossana— reprocha a Lefort casi las mismas tesis sostenidas actualmente por Althusser: esto es, creer que la historia no tiene necesidad de un

sujeto actuante, y que el mecanismo de la lucha de clases es el generador, por sí mismo, de sus transformaciones fundamentales". (*Ibid.* p. 38.)

Este subjetivismo apunta precisamente a la distancia de la política respecto de la economía. *El Capital* se convierte en un momento accesorio del trabajo de Marx y se destaca la definición de clase en relación a su *praxis*: "el proletariado será revolucionario o *no será*", "el proletariado no puede actuar como *clase*, más que constituyéndose en partido político distinto" (Marx, citado por Sartre en "Los comunistas y la paz", p. 147.) Este énfasis en la *praxis* llevará a una emotiva descripción de los episodios revolucionarios de 1848 y 1871 en Francia, subrayando la eficacia de los estilos políticos para determinar el carácter de las luchas sociales. Así, el odio acumulado en la memoria de las clases proviene directamente de las sangrientas represiones que practicó la burguesía, únicas en Europa por su brutalidad, y tendrían como consecuencia, finalmente, llevar el nivel de la lucha de clases hasta la guerra civil. Esta razón represiva explica para Sartre el porqué del fracaso en Francia de las fórmulas parlamentarias de defensa de los intereses del proletariado. "Francia, en este fin de siglo, es el único país donde la socialdemocracia está privada de bases obreras". ("Los comunistas y la paz", p. 197.)

En vivo contraste con la explicación de Marx en *El dieciocho Brumario* o en *La Guerra Civil en Francia*, Sartre minimizará la importancia de la circunstancia económica como temiendo siempre los efectos deformadores de una explicación que entre más recurra a criterios "científicos" u "objetivos", termine por sustraerse a su inteligibilidad por parte de los actores. ¿Podrían acaso estas "bestias"—como Sartre reconoce que consideraban los burgueses a los obreros— ir más allá de su percepción inme-

diata y formar verdaderos ejércitos inteligentes—como lo hicieron—, pero teniendo en mente no sólo ciertos objetivos a corto plazo, sino una multitud de interrelaciones más o menos complejas entre los ciclos económicos a nivel del capitalismo europeo y sus consecuencias para la economía francesa y, al mismo tiempo, su vinculación con la decisión



para lanzarse a las barricadas? La respuesta de Sartre no es mayormente intrincada. Es directa y sencilla.

Sin duda el régimen de la producción es la condición necesaria para que una clase exista; la revolución histórica entera, el proceso del capital y el papel obrero en la sociedad burguesa son los que impedirán que el proletariado sea un grupo arbitrario de individuos; pero esa condición no es suficiente; se necesita la *praxis*. (“Los comunistas y la paz”, p. 147.)

En *Question de Méthode*, la independencia de la *praxis* respecto de la situación económica se plantea con mayor claridad cuando, tomando el caso de las guerras campesinas de principios del siglo XVI en Alemania, Sartre sostiene —con Engels— que el resultado de esas guerras sólo podía beneficiar a los príncipes, debido a la situación real de la división política alemana que mantenía dividido al movimiento campesino. Pero esta situación no implica para la *praxis* una dependencia respecto de ella (de la situación) ni mucho menos una relación de necesidad. Indica únicamente una condición histórica más amplia que no puede ser superada, en gran parte debido a la falta de un conocimiento más o menos preciso de la misma por parte de los protagonistas. De ahí, justamente, la relevancia del marxismo para el proletariado.

Autonomía relativa y socialismo.

En los escritos de Sartre sobre el socialismo el problema de las relaciones entre política y estructura económica tendría dos momentos. El primero cuando, como en “Los comunistas y la paz”, Sartre suscribe su apoyo a la Unión Soviética y rompe con los críticos del stalinismo, pero, donde, como señalará Merleau-Ponty, está ausente “una definición

de la naturaleza de la sociedad soviética” (Rossanda, p. 37.) Un segundo momento comienza a perfilarse a partir de “El fantasma de Stalin”, donde Sartre apunta las primeras críticas más elaboradas sobre las condiciones internas que hicieron de la Unión Soviética un estado burocrático, dogmático e insensible a las posibilidades del desarrollo del socialismo en el mundo.

La tesis de que en un principio las condiciones de extrema pobreza, atraso y aislamiento impidieron aliviar inmediatamente los sufrimientos del pueblo ruso, pues cualquier titubeo hubiera significado la destrucción del nuevo régimen, parece conducirnos, momentáneamente, a una situación de dependencia respecto a la circunstancia, pero, cuando Sartre reclama al gobierno soviético su torpeza al exportar su modelo, primero a Hungría, y después, en “El socialismo que venía del frío”, a Checoslovaquia, en condiciones totalmente distintas a las que pudieron justificar la aparición del modelo ruso de socialismo, nos encontramos entonces nuevamente sobre el terreno de la relativa autonomía de las formas políticas respecto de las económicas. Lo que bien puede ser imperativo, un caso excepcional producto de condiciones económicas, sociales e internacionales que limitaron al máximo las opciones políticas en condiciones de apropiación colectiva de los medios de producción, se convierte, en el momento en que el socialismo se apersona en otros países, en una sinrazón en la medida que sus prácticas (“dirigismo, planeación autoritaria, voluntarismo idealista, fortalecimiento del aparato estatal, burocracia, terror, etcétera”) se extienden, se imponen, en los nuevos estados socialistas. (Sartre, “El socialismo en un solo país”, p. 17.) Sin llegar a hablar de imperialismo, los partidos comunistas de estos países se nos presentan en una situación, respecto

de la Unión Soviética, similar a la de las burguesías nativas de los países capitalistas del Tercer Mundo que buscando emular el progreso de los países más desarrollados terminan por entregarse a ellos, aceptan sus préstamos, sus empresas transnacionales y sus diseños de política económica, quedando semi-paralizados por las consecuencias de su propia utopía. Tal sería el caso de Checoslovaquia, país que Sartre consideró (tardíamente, en 1970) como el único que, por haber superado la etapa de la acumulación primitiva y contar con una amplia base industrial de manufacturas y un proletariado combativo, podía haber construido un socialismo verdaderamente avanzado y atractivo para las naciones del occidente industrializado.

Nada le faltaba: ni los instrumentos ni los hombres. Si la gestión obrera era posible, lo era en Praga y Bratislava. Para su desgracia, en Moscú, los manipuladores, manipulados por sus mismas manipulaciones, no podían ni siquiera comprender ese socialismo: impusieron *el sistema*. (Sartre. "El socialismo que venía del frío", p. 178.)

En efecto, *el sistema* terminaría imponiéndose sobre las voluntades revolucionarias deseosas de construir el socialismo checo. El balance no podía ser peor: el fetichismo de la producción sustituyó al reino de la ganancia, la "Cosa en el poder" de la antigua república fue reemplazada por otra Cosa, la alienación por otra alienación. (Ibid.)

En un momento determinado, la descripción que Sartre hace del enfrentamiento entre los jóvenes checoslovacos y la Cosa, materializada en los tanques rusos, nos recuerda el mismo esquema con que en "Los comunistas y la paz", dieciocho años atrás, describiera la situación social en la cual se gestó la revolución de 1848:

Bajo la Monarquía de julio, la población burguesa se componía de burgueses y animales; el rey era burgués y el burgués era rey, el burgués era hombre y el hombre era burgués. El animal era animal: se enganchaba a las máquinas. Con bastante frecuencia, el hambre le echaba a la calle; le calmaban echándole los perros. Y luego, un día, todo cambió: era en junio de 1848, el Gobierno había oído rumores y sacado la nariz por la ventana: en lugar del ganado ordinario vio un ejército; el proletariado hacía irrupción en la historia oficial y libraba su primera batalla campal. (Sartre. "Los comunistas y la paz, p. 143.)

En "El socialismo que venía del frío", la Cosa toma el lugar del rey, la burocracia de alguna manera el de la burguesía, y los animales-proletarios son ahora hombr es-cosa, cabezas de mula, una de cuyas fracciones, la más joven generacionalmente, se transformará sorpresivamente de "juventud absurdista" en la generación revolucionaria de Jan Palach.

Pienso en este corolario inevitable del socialismo importado: la despolitización vertiginosa y radical de un país que la ocupación y la resistencia habían politizado profundamente. . . La Cosa, evidentemente, no podía marchar sin los hombres: reclutó hombres-cosas, cabezas de mula que transformó en cabezas de ladrillo; aquellos se transformaron en los poseídos del poder, los burócratas jerarquizados de los cuales cada uno mandaba en nombre de otro, su superior, este otro en nombre de otro y el que estaba más alto en nombre de la cosa misma. [. . .] Pero bastaría un día de apertura, de una posibilidad cualquiera de emprender una acción común, para que el cinismo de la impo-

tencia se cambiara en reivindicación revolucionaria. (“El socialismo. . .” pp. 180-181.)

Así, en las condiciones del socialismo real, las posibilidades políticas parecen minimizadas, cuando no por la amenaza exterior y las condiciones extremas de escasez, como en el caso de Rusia, por factores externos que si bien no se manifiestan hostiles en un primer momento, a la larga lo harán en la medida en que, precisamente, las sociedades socialistas subordinadas busquen apartarse de las fórmulas impuestas por el socialismo cosificado. Sin embargo, aún ahí, nos dirá Sartre, la política está abierta a múltiples posibilidades.

Hoy, Solidaridad en Polonia volvería a confirmar la autonomía relativa de la política respecto de su circunstancia, de la misma manera en que las convulsiones dentro de los regímenes socialistas lo hicieron en su oportunidad. Dicha autonomía aparece, en los escritos de Sartre, expresada con mayor nitidez en los momentos de crisis, lo que nos permite apuntar en retrospectiva algunas de las contradicciones más significativas que habrían anidado en los regímenes socialistas.

Del socialismo científico al socialismo real.

En primer término habría que pensar la distancia entre lo que proponía el socialismo “científico”, el marxismo o el marxismo-leninismo, y el “socialismo real”, tal y como lo presentan sus críticos. El socialismo científico postuló la necesidad de la dictadura del proletariado para terminar con el estado burgués y asegurar la transición al socialismo. El socialismo, en tanto que sociedad sin clases, no necesitaría de un Estado en el sentido de instrumento de dominación de una clase. La polémica al respecto ha crecido desde *La Nueva clase* de Djilas hasta la reciente

Nomenklatura de Voslensky, y el punto común de referencia es la burocracia. De alguna manera la existencia de una clase o de una élite parece estar vinculada a los puestos directivos en los distintos niveles del aparato administrativo. Dicho estrato dentro de la burocracia socialista parecería distinguirse del resto de los ciudadanos por sus privilegios políticos, que le permitirían disponer de los hombres y de los medios de producción y apropiarse de los excedentes. De acuerdo con Andrés Hegedüs, en el socialismo existe una forma de propiedad que, dejando de lado la noción general de propiedad colectiva de los medios de producción, se manifiesta como una forma particular de ejercicio de la propiedad: la “posesión” donde la ausencia del elemento herencia nos llevaría a pensar en una forma restringida del ejercicio de la propiedad, pero donde, por lo demás, el poder sobre las cosas, los hombres y los excedentes, confiere a la élite burocrática una consistencia social propia, un espectro particular de intereses que ha llevado a muchos a considerarla una clase social.

Desde la perspectiva de la autonomía relativa, y retomando la discusión planteada por Sartre acerca de la tensión entre política y estructura económica o, más ampliamente, entre política y sociedad civil, creo que podríamos preguntarnos en qué medida las formas políticas surgidas en los Estados socialistas, que evidentemente se apartan de todo lo predicado por los comunistas del siglo pasado, están determinadas por una situación imprevista y en qué medida son producto de la elección consciente de los dirigentes revolucionarios.

La respuesta de Sartre, que en este caso enfatiza las condiciones materiales como definitivas en la constitución de un régimen fuerte, y que minimiza la gestión de los líderes —“... Stalin veía una

diferencia absoluta entre los arreglos prácticos y los procedimientos que proponía Trotsky y *exactamente los mismos* cuando él los llevó a la práctica posteriormente— (“El socialismo en un solo país”, p. 7), nos parece insuficiente a la distancia. Desde luego no era esto problema de Sartre, pero ya que lo hemos utilizado como pretexto para repensar el problema del socialismo y la burocracia, me gustaría tratar de fijar el lugar donde nos dejarían las posiciones sartreanas al respecto. Así, la insuficiencia de esta explicación quisiera evaluarla no contra las posibilidades de acción más o menos libre de los revolucionarios victoriosos, sino precisamente en relación a dos límites impuestos por las condiciones en las cuales debe desarrollarse el socialismo. El primero tiene que ver con la “necesidad” de una administración pública y el segundo con la “necesidad” de una clase política.

La cuestión burocrática.

Tomando el caso soviético como modelo y pensando que ese modelo se convertiría en parte esencial de “el sistema”, para usar la palabra de Sartre, que habría de ser exportado ulteriormente, nos encontramos con una burocracia dilatada desde sus comienzos y que crece constantemente aun en períodos de hostilidad, pudiendo llegar inclusive a identificarse con el desarrollo económico. En 1922, sólo en Moscú, los burócratas sumaban 231 mil; a principios de 1922 su número había crecido en un cinco por ciento, a pesar de los propósitos para reducir el aparato burocrático. (Cfr. Walter, G. *Lenin*, p. 440.) La burocratización se extendió al partido una vez que, tomado el poder, las teorías vanguardistas resultaron obsoletas: “. . . para el año de 1924 alrededor de 3,500 puestos estaban a disposición del

Comité Central. Se crean 1,500 puestos nuevos en la Uchraspred. . . En 1925 se contaban 25 mil cuadros en el aparato del partido y 767 personas solamente en el aparato del Comité Central.” (Voslensky, *La Nomenklatura*, p. 61.) En 1937, Stalin contaba entre tres mil y cuatro mil dirigentes de alto nivel, entre treinta y cuarenta mil de nivel intermedio y hasta ciento cincuenta mil dirigentes del nivel inferior. (Voslensky, *op. cit.*, p. 62). Bendix estimó en 1962 que entre 150 mil y 200 mil personas trabajaban para el Partido Comunista de la Unión Soviética. (Bendix, Reinhard. “Burocracia”, en *Enciclopedia Internacional de las Ciencias Sociales*, p. 101.)

La burocratización, entonces, avanza inexorable extendiéndose de la administración a la esfera política, y, en principio, haciéndose digna de la frase de Marx que la equipara con una “red que taponaba los poros” de la sociedad. Lo interesante es que, al revisar las críticas de Lenin a la burocracia, nos encontramos no con una crítica al sistema burocrático en sí, sino, más bien, con un desprecio por el burócrata ruso que después del ajetreo de los primeros cinco años no había “demostrado sino su ineficacia, e incluso su inutilidad y su nocividad”. (Lenin, “Más vale poco y bueno”, en *Obras Escogidas*, T. III, p. 797).

En efecto, Lenin no percibía a la burocracia *per se* como una amenaza para el socialismo. Al contrario, estimaba que era cuestión de tiempo solamente para que la URSS contara con un aparato estatal realmente nuevo que mereciera el nombre de socialista, de soviético. El principal problema radica, en 1923, en la falta de educación y de cultura de los obreros convertidos en servidores públicos —ni qué decir de los campesinos—. A ellos se sumaba una cultura burocrática heredada del zarismo que

Lenin consideraba francamente pre-burguesa. Fustigando a los portavoces de la llamada "cultura proletaria", Lenin describió: "Para empezar, nos bastaría una verdadera cultura burguesa" (Lenin, "Más vale poco y bueno", *op. cit.*, p. 795). Pero, ¿a qué cultura burguesa se refería? Precisamente a la de Alemania, ese "país de desarrollo capitalista realmente avanzado y culto" (*Ibid.*, p. 806), donde nació Max Weber, contemporáneo de Lenin y autor de una de las teorías más influyentes sobre la burocracia.

Menciono a Weber porque precisamente sus juicios sobre la burocracia, pero también sobre el socialismo, nos permiten elaborar una primera respuesta a la cuestión de la necesidad de la burocracia. En efecto, Weber estimaba que la organización burocrática, con su organización jerárquica y su esquema de división del trabajo, sus funcionarios remunerados y con un empleo estable, separados de la propiedad de los medios de la administración, con su sistema de concursos para ocupar los diferentes puestos, era una forma inevitable, por razones técnicas, para la administración del Estado y en general de cualquier organización amplia que, como los partidos políticos, pretendiera ser eficaz en una sociedad de masas.

... Y esta realidad es lo primero que deberá tener en cuenta también el socialismo: necesidad de una prolongada preparación profesional, de una especialización cada vez más afinada y de una dirección en manos de una burocracia profesional formada con tales criterios. La economía moderna no puede ser guiada de otro modo. (Weber, *Escritos Políticos*, T. II, p. 226.)

Un Estado socialista que se arrogara la dirección de la economía no tendría otro camino que el de perfeccionar la burocracia industrial heredada del capi-

talismo e integrarla a la organización estatal. Lenin y los dirigentes soviéticos eran conscientes de esta realidad. Aceptaban, así, la discusión sobre el avance progresivo de la división del trabajo, lo cual se vería a las claras con la introducción de los métodos tayloristas y fordistas en las empresas. Era solamente tiempo, como decía Lenin, lo que el nuevo Estado necesitaba para hacerse de una burocracia verdaderamente socialista y soviética.

La cuestión de la clase política.

En un ensayo recientemente traducido y publicado al español, Eugene Kamenka y Alice Erh-Soon Tay postulan, contra los ataques de moda a la burocracia, que ésta no puede ser considerada como el mal generador de todos los demás males sociales y que, en todo caso, es en la política donde radican las fuentes de algunas desviaciones burocráticas. Los autores tienen el cuidado de señalar que no se trata de que la política sea mala en sí, pero, en cambio, que algunas de sus formas extienden sus características más reprobables a otras esferas como la administración, por ejemplo. (Kamenka, E. y Erh-Soon Tay, Alice. "La libertad, el derecho y el Estado burocrático", en: Kamenka, E. y Krygier, M., *La Burocracia. La Trayectoria de un Concepto*.) Las afirmaciones de Kamenka y Erh-Soon suponen un modelo burocrático como el descrito por Weber donde la burocracia es, idealmente, profesional: estrictamente administrativa y apolítica. En la medida en que los puestos dirigentes de la burocracia están alejados del poder, o de la lucha por el mismo, el poder mismo se convierte en un control sobre la burocracia y la eficiencia de ésta en uno de los intereses de aquél.

Pero sucede que, históricamente, existen casos donde la burocracia proporcionó a la política muchos e importantes espacios donde desarrollarse. En los países capitalistas avanzados de hoy la burocracia fue, en algún momento, terreno político. Marx lo describe así en *El Dieciocho Brumario* bajo el Segundo Imperio; en sus *Escritos Políticos*, Weber testifica la transformación que tenía lugar en Estados Unidos desde finales del siglo pasado, con el paso de una burocracia volátil y corrupta a una burocracia profesional: “La democracia moderna, de la que los Estados Unidos es una gran democracia estatal, se transformará en una gran democracia burocratizada” (T. II, p. 226); Kamenka y Erh-Soon nos recuerdan la corrupción de la burocracia zarista. Curiosamente, en los casos mencionados la “politización” de la burocracia, si es que pudiéramos hablar con propiedad de ello, va asociada a la corrupción, por una parte y, por otra, a un nivel de desarrollo del capitalismo donde el binomio burocracia-corrupción parece tener fuertes implicaciones en el ámbito de la acumulación y la distribución del ingreso.

Para Weber, refiriéndose al caso norteamericano, la clave de la transformación estaba en la sustitución del funcionario honorario por el funcionario remunerado. Kamenka y Erh-Soon plantean la cuestión en términos de estabilidad en el empleo; podríamos agregar el desarrollo económico, las exigencias de la economía moderna, que diría Weber.

Pero es necesario tener mucho cuidado con generalizar la relación política-burocracia-corrupción sin más. Sobre ello habría que trabajar mucho aún. La relación política-burocracia, en cambio, parece relevante para motivos de la relación burocracia-socialismo. Quisiera retomar las ya antiguas, ya clásicas ideas de Mosca y de su discípulo Robert

Michels. Este último sintentizó en una convincente explicación la noción de clase política de Mosca con las discusiones sobre la burocratización y la democracia. El resultado, conocido como la “ley de hierro de la oligarquía” nos recuerda que:

En virtud de una ley social de aplicación universal, cada órgano de una colectividad, que haya sido creado debido a las necesidades de la división del trabajo, desarrolla, tan pronto como se consolida, intereses propios (Michels, R. *Political Parties*, p. 353.)

Estos intereses particulares entran en conflicto, tarde o temprano, con los intereses de la colectividad que produjo el órgano específico. En términos de gobierno, esta ley supondría la necesidad del mismo en base a la imposibilidad de la mayoría para gobernarse a sí misma y, asociado con aquél, el surgimiento de una *clase política*.

En estas condiciones, las experiencias socialistas habrían enfrentado un doble problema de burocratización y definición de una clase política, casi con carácter de inevitabilidad. Cerrando los espacios políticos y dejando de lado las formas democráticas de lucha de partidos, el socialismo forzó la política dentro de la burocracia estatal y del partido. Tratando de generalizar, podríamos pensar que en aquellos casos donde los partidos políticos no pueden prosperar, la burocratización de la política, o el gobierno burocrático, generalmente asociado al partido único, se hace inevitable. No sabríamos si hablar de una nueva clase en el sentido sociológico, pero resulta consecuente referirnos a una clase política. Tampoco, creo, podríamos hablar de una maldad intrínseca de la política, simplemente de ciertas situaciones cuyo conocimiento nos permitirá modificarlas en un sentido realista en tanto no descubramos nuevas formas posibles de convivencia.

Este último punto nos deja en un lugar que sólo apuntaré brevemente: el de los controles del poder. En este sentido, en la práctica, las democracias occidentales aportan mayor experiencia que, en el nivel teórico, por otra parte, proviene de muy atrás y se remonta a las teorías sobre la división de poderes, que siempre que se plantearon suponían, de alguna manera, implementar barreras para obstaculizar la concentración del poder leviatánico. En la teoría liberal clásica de la democracia, existe una intuición firmemente arraigada sobre los peligros inherentes al mismo poder que anunciaba y que en su evolución se expresa tanto en la división de poderes como en el establecimiento de todo género

de controles entre ellos. El socialismo, en este sentido, como teoría política nace con deficiencias teóricas gravísimas. Los intentos contemporáneos por establecer ciertos controles al poder dentro de las sociedades socialistas, como el de Hegedüs, que basándose en "*las experiencias socialistas previas y las condiciones reales del mundo moderno*" propone un modelo autogestionario y de controles populares extendidos, llegan tarde, además de que terminan por pulirse y completarse en el exilio. A pesar de todo, la situación no parece tener remedio y los análisis históricos y sociológicos sobre el socialismo deben vincularse a un intenso trabajo filosófico y teórico sobre la política en el socialismo. 🙏